



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

2024

Max Schur

Sigmund Freud: enfermedad y muerte en su vida y en su obra (1980)

Revista Affectio Societatis, Vol. 21, N.º 40, enero-junio de 2024

Clásico (pp. 1-12)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

CLÁSICO DEL PSICOANÁLISIS



LA MUERTE COMO PROBLEMA METAPSICOLÓGICO¹

Max Schur²

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v21n40a11>

Pocas semanas después, en enero de 1924, Freud reanudó su trabajo; terminó un artículo sobre el problema económico del masoquismo, que había comenzado después de su segunda operación radical. Este artículo es, en parte, continuación de *Más allá del principio de placer* y de *El yo y el ello*. Este último libro había sido publicado inmediatamente antes de la intervención de cáncer y contiene los esfuerzos más coordinados de Freud por presentar el temor a la muerte en términos metapsicológicos.

En *El yo y el ello* Freud dijo:

la altisonante frase “todo temor es, en último término, el temor a la muerte”³, carece de significado y, de todos modos, no puede ser justificada. Por el contrario, me parece perfectamente correcto distinguir el temor a la muerte del temor a un objeto (angustia realista) y de la angustia libidinal neurótica. El miedo a la muerte plantea un difícil problema al psicoanálisis, ya que la muerte es un concepto abstracto con un contenido negativo para el que no pueda encontrarse ningún correlativo inconsciente. Parecería que el mecanismo del temor a la muerte solo puede coexistir en que el yo abandone en gran medida su catexia libidinal narcisista; es decir, que renuncie a sí mismo, del mismo modo que abandona algunos objetos externos en otros casos en que siente angustia. Considero que el temor a la muerte es algo que ocurre entre el yo y el superyó.

1 Fragmento del libro: Schur, M. (1980). *Sigmund Freud: enfermedad y muerte en su vida y en su obra*. Paidós.

2 Max Schur (1897-1969) fue un médico y psicoanalista austriaco. Durante muchos años ejerció como el médico de cabecera de Freud y le acompañó a este en su proceso de enfermedad y muerte.

3 Frase empleada por Stekel en 1908.

Sabemos que el temor a la muerte hace su aparición bajo dos condiciones (que, además, son totalmente análogas a las situaciones en que se desarrollan otros tipos de angustia), a saber: como reacción a un peligro externo y como proceso interno, por ejemplo, en la melancolía. Esta es otra instancia entre una manifestación neurótica que puede ayudarnos a comprender una normal.

El miedo a la muerte en la melancolía solo admite una explicación: que el yo se abandona porque se siente odiado y perseguido por el superyó, en lugar de amado. En consecuencia, para el yo, vivir significa lo mismo que ser amado, ser amado por el superyó, que aquí vuelve a aparecer como representante del ello. El superyó cumple la misma función protectora y salvadora que anteriormente ejercía el padre⁴ y posteriormente la Providencia o destino. Mas cuando el yo se encuentra ante un peligro real excesivo que considera imposible de superar por sus propias fuerzas, se ve obligado a extraer la misma conclusión. Se siente abandonado por todas las fuerzas protectoras y se deja morir. Aquí se produce, además, la misma situación que subyace al primer gran estado de angustia del nacimiento y a la angustia infantil nostálgica: la angustia debida a la separación de la madre protectora⁵.

4 Freud había comenzado a reconocer el papel preponderante de la madre y de la primera relación, madre-hijo. En este punto, el padre todavía era considerado como protector y salvador del niño.

5 En este punto se reconoce el papel de la madre.

Cabe señalar que, ya en 1883, Freud consideraba el abandono como el peor daño que podría ocurrirle a cualquiera. En aquella época, estaba muy animado porque acababa de perfeccionar un nuevo proceso de colaboración para facilitar el examen microscópico del sistema nervioso central, que demostraría ser de gran valor y conduciría el descubrimiento de la neurona como unidad funcional de aquel sistema. Así, el 25 de octubre de 1883, le escribió a Marta, su prometida: “he logrado hacer algo que había intentado una y otra vez durante muchos años. Cuando pienso en el momento en que comencé a abordar el problema comprendo que, al fin de cuentas, mi vida ha progresado. Muy a menudo he ansiado una dulce muchacha que lo fuese todo para mí, y ahora la tengo. Los mismos hombres a quienes he admirado desde lejos porque los consideraba inaccesibles, ahora los considero mis iguales y me demuestran su amistad. He conservado una buena salud y no he hecho nada deshonesto; aunque he seguido siendo pobre, dispongo de las cosas que significan algo para mí, y me siento a salvo del peor de los destinos: el de ser abandonado” [C.27].

Estas consideraciones posibilitan la consideración del temor a la muerte y el temor a la conciencia, como una evolución del miedo a la castración. El gran significado que tiene el sentimiento de culpa en la neurosis hace concebible que la angustia neurótica común se vea reforzada, en casos graves, por la generación de angustia que se produce entre el yo y el superyó (miedo a la castración, a la conciencia, a la muerte).

El ello, al que por último volvemos, no tiene medios de demostrarle al yo amor u odio. No puede expresar lo que desea; no ha alcanzado una voluntad unificada. Eros y el instinto de muerte luchan en su interior; ya hemos visto con qué armas se defiende cada grupo de instintos contra el otro. Sería posible representar al ello bajo el dominio de los mudos pero poderosos instintos de muerte, que desean obtener la paz y (incitados por el principio de placer), a callar a Eros, el agitador; pero quizás esto significaría subestimar el papel desempeñado por Eros [págs. 57 y sigs.]⁶.

Estas formulaciones se encuentran sumamente condensadas, pero en ellas podemos distinguir la siguiente progresión:

Freud repite una formulación que había expuesto por primera vez en la interpretación de los sueños y, posteriormente, en la mayoría de sus discusiones teóricas acerca del problema de la muerte: la muerte es, de hecho, algo “desconocido para el inconsciente” (en *El yo y el ello* la había designado como “concepto negativo”). En consecuencia, reconoció que la muerte planteaba un espinoso problema al psicoanálisis, puesto que era difícil comprender la muerte en términos psicológicos.

Freud distingue, a continuación, el temor a la muerte de la angustia realista (de un objeto externo) y de “la angustia libidinal neurótica”

Así pues, no es sorprendente que un libro que Freud leyó en 1938 —*Der Kaiser, die weisen, und der Tod (El emperador, los sabios y la muerte)*—, cuando sabía perfectamente bien que su propia muerte no estaba lejos, le causaba una impresión tan profunda, porque el libro termina en una siniestra nota con la muerte del protagonista, que se encuentra totalmente abandonado, una noche helada, último habitante de un mundo desprovisto de todo otro ser viviente (véase capítulo 27).

6 Resulta interesante que también aquí Freud nos advierta contra la subestimación de Eros.

(que en este estadio de su teorización significaba angustia provocada por la frustración sexual). Por lo tanto, enfocó el problema de la muerte con ayuda de los conceptos teóricos que había desarrollado durante los diez años anteriores. Aquí podemos ver cómo los puntos de vista me-tapsicológicos están interrelacionados con los conceptos de narcisismo y el conflicto entre Tánatos y Eros: el instinto de muerte y la libido.

Después, sigue algo que suena como una formulación experimental: el temor a la muerte surge cuando el yo “renuncia” a su ca-texia libinal narcisista Y, en consecuencia, “ se abandona”. el temor a la muerte es algo que “ocurre entre yo y el superyó”. Probablemente esta explicación era demasiado general y Freud tuvo que recurrir a un enfoque empírico, lo que a menudo le resultaba muy útil para un mecanismo normal con uno neurótico, recordándose a sí mismo que el temor a la muerte a un peligro externo o como proceso interno, por ejemplo, en la melancolía. Freud consideraba que en esta última situación el temor a la muerte solo podía explicarse mediante el concepto se sentía “odiado y perseguido” por el superyó, lo que significa que vivir equivalía a ser amado.

El superyó es descrito, después, en términos genéticos como sucesor de los padres, de la Providencia y del destino. Bajo condiciones de excesivo peligro (externo) real (que posteriormente, en *Inhibición, síntoma y angustia* sería caracterizado como “situación traumática”), el yo vuelve a “verse abandonado y se deja morir”. Freud introduce después una jerarquía de situaciones de peligro, que prefiguran sus formulaciones genéticas más sistemáticas de *Inhibición, síntoma y angustia* (escrita en 1925 y publicada en 1926). Separación de la madre protectora, temor a la castración, temor a la conciencia (*Gewissensangst*; véase la nota de Strachey [1926a, pág. 128]); y, finalmente, temor a la muerte.

El último párrafo del pasaje de *El yo y el ello* arriba citado puede explicar algunas de las dificultades que Freud encontró al abordar este tema. detrás de todas las formulaciones asomaba el concepto del instinto de muerte. En los dos párrafos que preceden a los citados, es posible ver cómo la necesidad de Freud de utilizar este concepto lo priva de su habitual lucidez de expresión:

La actitud del yo no es imparcial con respecto a las dos clases de instintos. Mediante su trabajo de identificación y sublimación, ayuda a los instintos de muerte del ello a obtener control sobre la libido, pero al hacerlo corre el riesgo de convertirse en el objeto de los instintos de muerte y sucumbir. Para prestar esta ayuda ha debido colmarse él mismo de libido, convirtiéndose así en representante de Eros y aspirando, entonces, a vivir y ser amado.

Pero como el trabajo de sublimación del yo resulta en una defusión de los instintos y en una liberación de los instintos agresivos del superyó, su lucha contra la libido lo expone al peligro del maltrato y de la muerte. Al sufrir bajo los ataques del superyó o, inclusive, sucumbir a ellos, el yo se encuentra con un destino semejante al de los protozoos que son destruidos por los productos de descomposición que ellos mismos han creado. Desde el punto de vista económico, la moralidad que funciona en el superyó parece ser un producto de descomposición similar [1923, págs. 6 y sig.].

Freud había expuesto el concepto de instinto de muerte en *Más allá del principio de placer* como una osada hipótesis, utilizando incluso el término “especulación”. Los pasajes de *El yo y el ello* arriba citados demuestran que, tres años más tarde, Freud trató el concepto de instinto de muerte como parte integral de su teoría de las pulsiones instintivas. La formulación antes citada: “... los mudos pero poderosos instintos de muerte... que desean acallar a Eros, el agitador; pero quizás esto significaría subestimar el papel desempeñado por Eros”, ilustra que Freud utilizaba una teoría dual de los instintos, en la que se consideraba que Eros preservaba la vida, que la “protegía” contra la pulsión de retornar al estado inorgánico.

En su artículo “El problema económico del masoquismo” Freud amplió su teoría instintiva dual y agregó también sus formulaciones referentes a los principios reguladores del funcionamiento psíquico, que había comenzado en *Más allá del principio de placer* (véase capítulo 12). Aceptó la expresión “principio de Nirvana”, propuesta por la analista británica Bárbara Low para la tendencia del aparato psíquico a reducir “a la nada, o al menos a mantener lo más baja posible la suma de citaciones que afluyen sobre él” (1924a, pág. 159).

Después, Freud intentó conciliar sus formulaciones previas acerca de los principios de placer-displacer con la teoría del instinto de muerte y su nueva formulación de la teoría dual del instinto, al igual que con los aspectos experimentales de placer y de displacer. Para lograrlo, apeló a la siguiente cadena de razonamientos:

...Hemos identificado sin vacilaciones el principio de placer-displacer con este principio de Nirvana. Todo displacer coincidiría, así, con una elevación, y todo placer con una disminución de la tensión psíquica debida a estímulos; el principio de Nirvana (y el principio de placer que suponemos idéntico a él) estaría, por lo tanto, totalmente al servicio de los instintos de muerte, cuyo objetivo es conducir la inestabilidad de la vida a la estabilidad del estado inorgánico, y su función consistiría en prevenir contra las exigencias de los instintos de vida —la libido— que intentan perturbar el curso deseado de la vida [1924a, págs. 159 y sig.].

Reconoció que su hipótesis biológica no podía conciliarse con ciertos hechos. Por ejemplo, en estado de excitación sexual, un aumento de la estimulación es experimentado como placentero. Freud reconoció así la necesidad de distinguir entre lo que consideraba principios reguladores del funcionamiento psíquico (el principio del placer-displacer o el recientemente conceptualizado principio de Nirvana) y los afectos placer y displacer (véase capítulo 12).

[Llegó así a la conclusión de que] Debemos reparar en que el principio de Nirvana, perteneciendo como pertenece al instinto de muerte, ha experimentado en los organismos vivientes una modificación mediante la cual se ha convertido en el principio de placer; por lo tanto, debemos evitar confundir ambos principios en uno solo. No es difícil adivinar qué poder fue la fuente de la modificación. No puede haber sido más que el instinto de vida, la libido que, con el instinto de muerte, se apoderó de una parte de la regulación de los procesos de la vida. De este modo, obtenemos una pequeña pero interesante serie de conexiones: *El principio de Nirvana* expresa la tendencia del instinto de muerte; el *principio de placer* representa las exigencias de la libido [pág. 160].

Carecemos de toda comprensión psicológica sobre los caminos y medios utilizados por la libido en esta domesticación del instinto

de muerte. En lo que al campo psicoanalítico se refiere, solo podemos suponer que tiene lugar una amplia fusión y amalgama, de proporciones variables, de los dos tipos de instinto, de manera tal que nunca encontraremos instintos de vida o instintos de muerte en estado puro, sino distintas combinaciones de ambos. Como resultado de ciertas influencias y correspondiendo a una función de instintos de este tipo, puede producirse una defusión de los mismos. Por el momento, no nos es posible calcular qué porción de los instintos de muerte se niega a ser domesticada de este modo, es decir, mezclándose a elementos de la libido [pág. 164].

Sólo hay una breve referencia al temor a la muerte en *El problema económico del masoquismo*:

A la imago que [los padres] dejan tras de sí se enlazan luego las influencias de maestros y autoridades, y de modelos elegidos y de héroes públicamente reconocidos, cuyas figuras ya no necesitan ser introyectadas por un yo que se ha vuelto más resistente. La última figura de la serie iniciada por los padres es la oscura fuerza del destino, que sólo una minoría de nosotros puede considerar como impersonal. No es mucho lo que podemos oponer al escritor holandés Multatuli⁷ cuando reemplaza a la Moira (destino) de los griegos por la pareja divina Logos y Ananké [razón y necesidad]; pero todos aquellos que transfieren la dirección del universo a la Providencia, o a Dios y a la naturaleza, despiertan la sospecha de que aún consideran a estos poderes últimos y remotos como a una pareja parental, en un sentido mitológico, y se creen unidos a ella por lazos libidinales. En *El yo y el ello* realicé un intento por derivar el temor realista de la humanidad a la muerte del mismo enfoque parental del destino. Parece difícil liberarse de él [pág. 168].

El temor a la muerte se relaciona, así, con la dificultad inherente a la sustitución de la Moira personal (Providencia, destino) por la razón y la necesidad en el mundo interior. Freud ya había señalado en

7 E. D. Dekker (1880-1887) o "Multatuli" era uno de los autores predilectos de Freud. Su obra encabeza la lista de los "diez mejores libros" que Freud (1907c) envió en respuesta a un cuestionario.

1922, en una carta dirigida a Pfister, que solo en la vejez el hombre se convertía a aquella inflexible pareja: Logos y Ananké.

Las formulaciones de Freud sobre el temor a la muerte en *El yo y el ello* y en *El problema económico del masoquismo* contienen muchas ambigüedades. Algunas de ellas son evidentes en pasajes en que Freud se abandonó más que de costumbre a las metáforas antropomórficas. Utilizando la melancolía como ejemplo, dice que el temor a la muerte surge si el yo “renuncia” y “se deja morir” cuando se sienten no amado o incluso odiado por el superyó y desamparado ante los peligros internos o externos. Estas ideas recuerdan, parcialmente, la discusión de Freud en *Duelo y melancolía*. Pero este estado del yo proporcionaría una explicación para la *falta de voluntad de vivir*, para el fatalismo, hasta para el suicidio en casos de depresión grave. No explica el temor a la muerte, salvo en términos de la teoría instintiva dual, que sostendría que el yo, cuando disminuye su libido, “se siente” indefenso contra la fuerza del instinto de muerte.

Este complejo ejemplo indica la gran importancia del concepto de jerarquía del peligro introducido en *Inhibición, síntoma y angustia*, para nuestra comprensión de todas las situaciones en que surge la angustia⁸ (siendo el temor a la muerte solo un ejemplo de angustia). Otra formulación, que también convertiría en superflua la introducción del concepto de instinto de muerte, sería: el yo experimenta como peligroso estar expuesto a abrumadoras amenazas externas y ser “odiado”, “no amado”, “abandonado”, ya sea por objetos amorosos o por sus representantes internalizados en el superyó. También experimenta como peligrosa la reacción de “dejarse morir”, que puede convertirse en un deseo de morir. Tal deseo de morir sería, entonces, una fuente del temor a la muerte.

En este punto, agregaría que, para cualquiera que sufriera tanto como Freud sufrió mientras escribe el artículo *El problema económi-*

8 Es oportuno señalar que Freud no empleó el término *Furcht* (temor) en todos los pasajes, sino *Angst* (angustia), que abarca todos los matices de este afecto, desde el conocimiento (a menudo inconsciente) del peligro hasta el pánico experimentado en una situación traumática (véase Schur, 1953).

co del masoquismo, el deseo de morir y de no seguir sufriendo estaría en precario equilibrio con el deseo de vivir y continuar luchando. Es sabido que el deseo de vivir desempeña un papel importante en el curso de cualquier enfermedad grave. Existe, no obstante, una diferencia fundamental entre el concepto bien documentado de un deseo de vivir o de morir, consciente o inconsciente, y el concepto de un instinto que lucha por retornar a un estado inorgánico, solo contrarrestado por Eros.

Al discutir el concepto del instinto de muerte (capítulo 12), formulé la hipótesis de que Freud llegó a este concepto no solo a causa de su adhesión básica a las formulaciones duales, sino porque conceptualizar el deseo de morir en términos biológicos le permitía afrontar mejor su propio temor a la muerte.

Los párrafos de *El problema económico del masoquismo* basados principalmente en el concepto del instinto de muerte son ambiguos. No obstante, en el mismo artículo, e incluso dentro del mismo párrafo, encontramos formulaciones que son pertinentes más allá del marco del psicoanálisis propiamente dicho. Freud afirmó que:

en los organismos (multicelulares) la libido tropieza con el instinto de muerte o de destrucción, que en ellos es dominante, y que intenta desintegrar al organismo celular y conducir a cada organismo unicelular separado al estado de estabilidad inorgánica (por relativa que esta sea). La libido tiene la tarea de volver inocuo este instinto destructivo y cumple dicha tarea desviándolo, en gran medida, hacia afuera — con ayuda de un sistema orgánico especial, el sistema muscular —, hacia objetos del mundo exterior. Este instinto es llamado entonces instinto destructivo, de dominio, o de voluntad de poder. Una parte del mismo se encuentra directamente al servicio de la función sexual, donde desempeña un importante papel. Este es el sadismo propiamente dicho [pág. 163].

Divorciado de la teoría del instinto de muerte, el concepto de instinto de destrucción — o, como se lo designa más comúnmente, instinto de agresión, con todas sus vicisitudes — es indispensable para el psicoanálisis, la psicología del hombre y de los animales, la sociología como la criminología y la educación, por nombrar solo algunas de

sus áreas de aplicación. Igualmente indispensables son los conceptos tales como “agresión hacia afuera” y agresión “contra sí mismo”. Ningún estudio sobre crimen, suicidio o trastornos psicosomáticos puede prescindir con facilidad de estos conceptos. Igualmente provechosa fue la discusión freudiana sobre el “masoquismo moral”, que nos ayuda a comprender tantas áreas oscuras de la conducta humana.

La siguiente obra de este periodo en la que Freud discutió explícitamente el temor a la muerte fue *Inhibición, síntoma y angustia* (véase capítulo 15). Uno de los muchos aspectos importantes de esta obra fue la distinción conceptual entre la respuesta afectiva de la angustia en sus diversas manifestaciones y la causa precipitante, la causa de peligro. Freud formuló después una jerarquía genética de situaciones de peligro, que sigue las líneas del desarrollo humano. En *Inhibición, síntoma y angustia*, la teoría del instinto de muerte se utiliza, principalmente, en términos de la pulsión instintiva destructiva (agresiva) y sus vicisitudes. El temor a la muerte es enfocado principalmente en términos del concepto de peligro y de su importancia en la génesis de las neurosis.

si la renuncia es una reacción del yo ante el peligro, nos sentiremos inclinados a considerar las neurosis traumáticas, que tan a menudo siguen a situaciones próximas a la muerte, como resultado directo del temor a la muerte (o del temor por la vida) y a descartar de nuestra mente el problema de la castración y de las relaciones dependientes del yo. La mayor parte de los observadores de las neurosis traumáticas posteriores a la última guerra sustentaron esta teoría, y anunciaron triunfalmente que esto era prueba de que una amenaza al instinto de autoconservación podía por sí misma, producir una neurosis, sin el añadido de factores sexuales y sin ninguna de las complicadas hipótesis del psicoanálisis. Teniendo en cuenta todo lo que sabemos de la estructura de las comparativamente simples neurosis de la vida cotidiana, resultaría sumamente improbable que pudiese producirse una neurosis solo por la presencia objetiva del peligro, sin ninguna participación de los niveles más profundos del aparato psíquico. Pero el inconsciente no parece contener nada que aporte contenido a nuestro concepto de destrucción de la vida. La castración puede representarse en base a la experiencia diaria de separar las heces del cuerpo o en base a la pérdida del pecho de la madre en el destete. Pero jamás puede haberse experimen-

tado nada similar a la muerte; y si así ha ocurrido, por ejemplo en un desmayo, la experiencia no ha dejado huellas perceptibles. Por lo tanto, me inclino por el concepto de que el temor a la muerte debe considerarse como análogo al temor a la castración y que la situación ante la que el yo reacciona es la de ser abandonado por el superyó protector —los poderes del destino— de manera que este ya no constituye ninguna salvaguardia contra los peligros que lo rodean [1926a, págs. 129 y sig.].

La diferencia principal —el progreso, diríamos—, si se compara esta formulación con las expuestas en *El yo y el ello* y en *El problema económico del masoquismo*, es que el sentimiento de no ser amado, de ser abandonado, no es equiparado con el temor a la muerte. La muerte se presenta como una de las muchas situaciones de peligro a las que respondemos en el curso de nuestro desarrollo.

Pero, también aquí, Freud volvía a su antigua afirmación de que el inconsciente no contiene nada que se parezca a nuestro concepto de destrucción de la vida.

Una posible explicación de esta formulación repetida es que todas estas explicaciones metapsicológicas pueden aplicarse a la angustia neurótica, entendida no como una exageración neurótica de la angustia realista, sino como una angustia basada en conflictos infantiles inconscientes.

Pero, aunque fuese verdad que “la muerte es un concepto abstracto con un contenido negativo para el que no es posible encontrar ninguna correlación inconsciente”, ¿no podríamos decir que hasta algo sin tal correlación puede llegar a convertirse en el contenido del peligro ante el cual el yo responde con angustia?, ¿debe restringirse la explicación metapsicológica de Freud a la angustia neurótica? El desarrollo jerárquico del concepto de peligro depende no solo del desarrollo instintivo sino también del desarrollo del yo. Lo que Freud dio a entender es que todo tipo de angustia debe seguir ciertos prototipos. Pero lo que puede cambiar es el contenido del peligro ante el cual uno responde con angustia. Ciertamente, la apreciación de la muerte es fácilmente relacionada con todas las situaciones traumáticas previas. La constante negación de la muerte que todos practicamos pare-

ce constituir una evidencia en favor de esta suposición. A medida que nuestros seres queridos, especialmente nuestros padres, comienzan a morir, la realidad de la muerte se hace más palpable y la negación se vuelve más difícil. Más aún, cada vez que vemos realmente morir a alguien y observamos el siniestro cambio de la vida a la muerte, o cuando vemos enterrados a los muertos, la muerte se nos vuelve más real. Como dijo Freud en *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*: “la gente muere realmente, no solo uno sino todos, cada uno de nosotros en su momento”.

Freud consideró como núcleo central de la situación de peligro el sentimiento de impotencia que, por supuesto, se aplica también a nuestra actitud hacia la muerte. El hecho de que esta sea inescrutable, convierte en suprema nuestra impotencia.

Solo en la última frase del pasaje citado de *Inhibición, síntoma y angustia*, ofreció Freud una explicación más simple del temor a la muerte como reacción ante una situación de peligro en que ya no existe seguridad contra los poderes del destino. Generalmente, equiparaba a estos con Ananké (Moira). En cambio aquí la expresión se aplicaba al “superyó protector”. Quizás Freud estaba expresando la noción de que una parte del superyó —el heredero del padre protector— garantizaba al yo la posibilidad de la inmortalidad, de la negación de la muerte, ilusión que en breve Freud se vería obligado a destruir en términos más directos.